

Chivilcoy, 1 de junio de 1941

Dear friend:

Aquí estoy yo, de regreso de las profundidades. Quise escribirle hace mucho, en marzo o abril. Pero no pude hacerlo entonces como a mí me agrada, lentamente, en una tarde enteramente libre, con música agradable y una taza de café llenando la habitación de perfume. En aquellos días de marzo y abril yo seguía viajando. Mi viaje geográfico termino con febrero, pero me estaba reservados dos penosos itinerarios que no había previsto: los de la enfermedad y la muerte. Enfermedad mía, que aun no me ha abandona; muerte de uno de mis más queridos amigos, perdido en unos pocos días en una ráfaga de angustia que todavía tortura mis noches y me aleja de toda alegría y de toda conformidad.


Le debo a usted esa explicación. Ya está dicha, y no la penaré con más pormenores. He vuelto del infierno, como volvió Rimbaud: liso y doblegado, pero en paz con lo ajeno y lo propio. Ahora habito otra vez esta piecita clara, en Chivilcoy, y enseño mis programas. Todo es como antes; solamente falta un nombre para escribir en el sobre de alguna carta. Pero los otros amigos persisten, y por eso le escribo hoy, domingo de tarde, seguro de encontrar, como siempre, su cordial simpatía.

¿Recibió unas líneas mías en enero? Las envié antes de marcharme a Buenos Aires, No se imagina usted qué hermoso viaje se hizo presente para mí. Algún día le mostraré las fotografías -pálidas, inútiles, derrotadas en su tentativa de mostrar lo que solo los ojos pueden aprehender-. El mío fue un pasaje de ensueño y fiebre: soñar con todo lo bello, afiebrarse en la sucesión de incidentes climas, sorpresas, revelaciones. Juzgue usted misma. Salimos -con un amigo que sabe viajar sin ser molesto ni caer en papeles de "turista"- de aquí a mediados de enero. Córdoba, La Rioja, mostrándonos las avanzadas andinas. ¡Todo rojo y verde, bajo un cielo purísimo, casi doloroso en su intensidad! Catamarca. Un viaje en auto, para cruzar la montaña y pasar a Tucumán. Piedra, calor y vértigo; inolvidable paisaje por la cuesta del Totoral. Del desierto a la gracia del agua - ¡ríos de caña con calles abigarradas y sandías como hielo rosado. (No me olvidaré jamás del cielo nocturno de Tucumán, bebido mientras andaba yo por una avenida de calor y sueño a las once de la noche, envuelto en perfume de jazmines y palabras de tonada caliente...).

Salta, descubierta al atardecer después de un día entero de viaje, cruzando el valle del Mojotoro, sombrío en sus montañas arboladas pero centelleante allí abajo, en las espadas múltiples del río. Jujuy, pájaro diminuto y encantador, dormido a la sombra del Chañí, con sus hombres adustos y cordiales -y no hay contradicción: milagro de la raza india que persiste-, sus mujeres flexibles y sus calles prolijas. Y la nieve, la nieve, allá arriba, demasiado arriba...

De Jujuy nos lanzamos -salto soberbio- a las alturas de la quebrada de Humahuaca. Aquí, donde quisiera ser más entusiasta, se me desploman las palabras, y sólo me resta silencio, un silencio grávido. Usted irá alguna vez a la quebrada de Humahuaca; usted comprenderá entonces, esta imposibilidad de hablar. Allí, en cada pico y en cada valle, se queda uno a solas con Dios.





Llegamos hasta Tilcara, ya bien cerca de Bolivia y a 2.500 metros de altura. Mi corazón -siempre traidor- no quiso dejarme subir más. Estaba un poco “apunado”. Cuatro días vivimos en ese pueblecito, viendo a los indios, oyendo sus músicas, aprendiendo sus músicas. Un poco a la fuerza, porque un aluvión había cortado las vías. ¡Pero qué cárcel tan dulce!

Volvimos a Jujuy -¿No la estoy aburriendo?- y de allí, en una terrible etapa de 36 horas, cruzamos el valle salteño y todo el Chaco hasta Resistencia. (¡Viera usted qué noche pasamos en aquel tren! Tierra hasta cegar y aturdir; un calor horrible, agua tibia y sucia, miríadas de insectos de inaudito tamaño-. Yo era feliz, vuelto a una antigua condición de niño, y sentía el trópico. Aquello era Salgari, Horacio Quiroga, Somerset Maugham, Kipling -Dormí con una toalla mojada sobre la cara, hasta despertar, al amanecer, en un sitio llamado “Pampa del Infierno”...!) Eso es el Chaco, y me alegro de haberlo cruzado así, en su época bravía, que es la legítima de esas tierras.

Abrevio un poco. Pasamos a Corrientes, y de allí, en barco a Posadas. Un viaje maravilloso por el Alto Paraná. Ya casi no teníamos dinero; viajamos en la proa, y dormimos en cubierta, bajo unas lomas duras, admirables; y con un cielo fosforescente que no tenían los viajeros de primera clase...

En Posadas -ciudad sin personalidad, semialemana- dimos el último salto: a la sierra misionera. Allá, perdido en una bravía soledad verde, vivimos 20 días en un bungalow perfecto. Nos bañábamos en una piscina natural de piedra; el agua brota de las rocas, helada y sabrosa. Cazábamos para comer (¡en serio!) y abríamos “picadas” en la selva más salvaje que haya yo sospechado, una selva sombría, en la que vuelan lentamente mariposas de grandes alas azules, en la que todo movimiento en el suelo puede preludiar la mordedura de la “yarára”, en la que los pájaros extraños construyen una música virgen-.

Fue un paraíso -sin otro pecado que el de mezclar nuestra civilización a la ingenuidad de la naturaleza- fue una isla de paz, sin guerra, sin tangos, sin Aldous Huxley, sin discusiones estéticas. Volvimos a Posadas, de allí a Corrientes, y en Resistencia -hermosa ciudad- hube yo de sentir las primeras fiebres de una enfermedad que culminó a mi llegada a casa. Cruzamos en tren el centro del Chaco y toda Santa Fe, en diagonal, para retomar al fin, felices y agotados, a esta Buenos Aires siempre fascinadora. Después... ya lo sabe usted. Y termino esta ya excesiva crónica.

Me gustaría saber cómo pasó sus vacaciones. (Ya ve que le sugiero el motivo para una carta). No le hablaré hoy de libros, ni de músicas: pretextos para otra correspondencia.

En una tarde como ésta -que ya se muere- le escribiré a Marcela y a su mamá. Tengo con ellas análoga deuda. Si las ve en estos días, lléveles mi afecto.

Hasta pronto, con mis respetos a los suyos.

JULIO DENIS



Julio Cortázar
a Mercedes Arias